

# Bigotes



# Bigotes

por Carolina Castro Zamorano

Editado por  
La Nueva Gráfica Chilena  
en Santiago de Chile, abril del 2004  
N° Inscripción 138.818  
©Carolina Castro Zamorano  
Derechos reservados

Ilustraciones de Rodrigo Salinas M.  
Estilo de Pablo Castro Z.

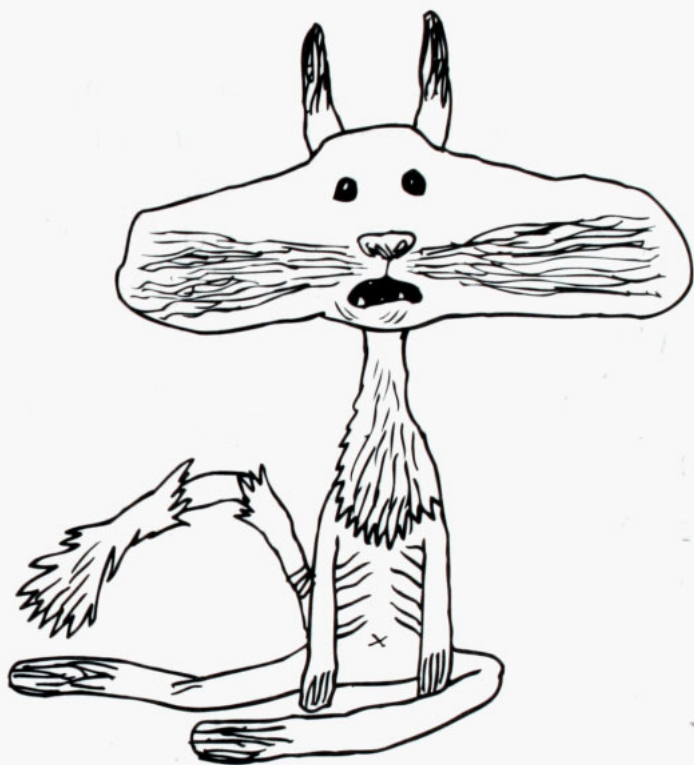


## Uno

En el choapino se confundía de lo magro, desteñido y seco que era. La fecha exacta de su llegada no la recuerdo, sólo tengo la imagen clara de su cuerpito dormido en el suelo, enroscado como si fuera de goma, perdida la cabeza entre sus patas y su pecho. Nadie lo invitó, nadie le sonrió o le demostró afecto. Al contrario, era correteado todos los días y me aconsejaban no tocarlo porque podía transmitirme alguna infección. Sin embargo, jamás lo sentí como alguien extraño; pensaba que un animal vagabundo no se queda en una casa por tanto tiempo sin recibir nada a cambio, siempre hay algún interés, un movimiento instintivo que los hace domesticables. Pero así, sin más, apareció y se quedó.

De reojo lo miraba a diario, como investigando qué es lo que realmente quería. Quizás era un gato espía que daba información a más gatos, pero descarté esa opción dada su condición física: ciertamente un espía, sea gato, mono o humano, debe ser suspicaz y atrevido y éste, además de dormir todo el día, apenas maullaba y corría al menor ruido o movimiento desconocido.

Si bien ya teníamos cercanía y cuando salía temprano de mi casa me miraba con esos ojos nublados y tristes, no fue sino tres meses después de su llegada cuando le hablé por primera vez. Lentamente me acerqué, temiendo que corriera despavorido, asustado de la presencia humana cuyo cuerpo delataba que le había hecho daño. Lo miré detenidamente y con



una sonrisa amistosa y voz dulce lo llamé. Cuchito, cuchito. Algo parecido a un maúllo pareció salir de su hocico: le faltaban los dientes inferiores delanteros. Más cerca pude ver que su nariz estaba seca y herida, su pelaje opaco y escaso y su cola, uno de los instrumentos

esenciales de cualquier felino, gravemente herida. Es decir, era un animal deshidratado, desnutrido y dañado. Gato abandonado. Durante unos minutos intenté acercarme un poco más pero, finalmente, sólo obtuve otro apagado maullido y una huida. Pensé en su desconocida historia, en sus corridas temerosas y mojadas.

No sé bien si fue la pena o la inquietud pero sin pensarlo mucho le di la bienvenida silenciosamente.



## Dos

Otra de las cosas más importantes de un gato son sus bigotes, los que le permiten ubicarse geográficamente y percibir temperatura y humedad, estos le ayudan a sobrevivir al intuir si lloverá o hará mucho calor. También son detectores hipersensitivos de otros cuerpos que estén a su alrededor. Pues bien, este gato no tenía bigotes, por lo que decidí llamarlo así: Bigotes. Cuando lo bauticé también me comprometí a alimentarlo y cuidarlo mientras mis posibilidades me lo permitieran, así que en el almacén de la esquina compraba trescientos pesos de alimento, lo que apenas duraba un día porque ¡sí que tenía un apetito voraz! Cuando comía lo hacía en forma tan desesperada que se



atoraba; entre la emoción y el hambre acumulada Bigotes tragaba y tragaba sin respirar siquiera, entonces tenía que decirle que se calmara porque podía ahogarse y a mí, definitivamente, dejarme en la bancarrota. Pero Bigotes nunca hacía caso, continuaba con su furia devoradora que lo dejaba tan sediento que, terminada la cena, tomaba agua durante un minuto, lo que concluía por dejarlo parecido a una pelota desinflada.

Este proceso comunicativo a través de la comida hizo que se acercara un poco más a mí, dejando que le acariciara el lomo y la cabeza, comprobando así lo malherido y flaco que estaba.

Entre esas comilonas yo le fui contando cosas que me pasaban durante el día y Bigotes parecía escuchar tan atento que se quedaba

dormido respirando entrecortadamente, con un ojo a medio cerrar y la panza hinchada al aire. Tosía y estornudaba mucho pero jamás pensé en darle una aspirina porque con lo flaco que estaba seguramente el dolor de estómago terminaría por adelgazarlo más. Mis responsabilidades eran, ante todo, alimentarlo, darle agua y hacerle cariño. A medida que nuestros encuentros eran más seguidos Bigotes empezó a reconocer mi voz, así que cuando no estaba en el antejardín (no olvidemos que era un gato callejero), sólo tenía que llamarlo y llegaba a paso lento pero seguro, cada día más orgulloso y altivo, cada día más sano y compuesto. Sus ojos transmitían una felicidad silenciosa y agradecida y me nombraba a mi también, como

yo lo hice con él. Mi nuevo nombre era dueña. Yo era la dueña de Bigotes. Sin darme cuenta, su pelaje tan opaco ahora relucía poco a poco, apareciendo ese luminoso negro del lomo, su nariz pequeña iba tomando un matiz rosado y húmedo y su cola realmente mejoraba. Para qué decir de su panza, que comenzó a crecer descabelladamente: Bigotes se comía dos enormes platos diarios de alimento .

Tres



Gordo. Definitivamente estaba gordo. Tanto, que ya no corría y su caminar era lento, esponjoso, como de mono de plasticina. A estas alturas Bigotes era el gato de la cuadra, famoso por su recuperación casi milagrosa, deleite de los niños y peligro de cuanta paloma se le



acercara. Porque Bigotes, con tanta comida y cariño, desarrolló talentosamente una nueva faceta: la de cazador veloz. Todas las tardes podía encontrar plumas tiradas en las baldosas y una que otra en el hocico de Bigotes, delatando su glotonería incontrolable.

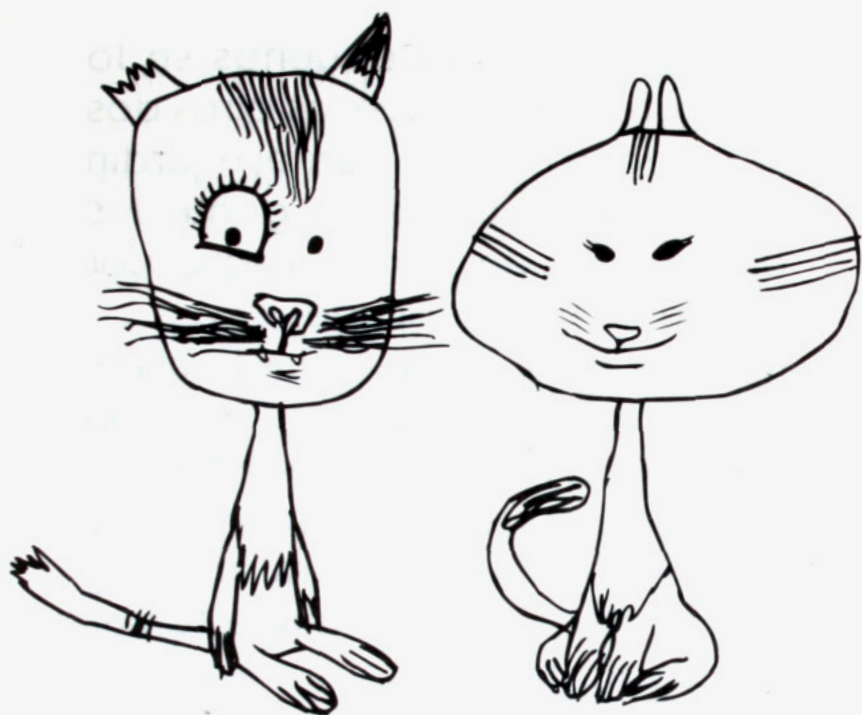
Y ni hablar de su flojera; era tal, que ya no se paraba cuando yo llegaba sino que me saludaba de espalda, maullando débilmente, moviendo la cola y las orejas como abanicando la modorra que se le venía encima.

En este pequeño reinado que construyó de puro regalón, Bigotes era el amo y señor, de armas tomar y corazón conquistador. Y, al parecer, la necesidad de una doña no tardó en presentarse.

Un día, a la casa de al lado, llegaron dos gatos chicos y uno grande. A

uno de los más pequeños se lo llevaron, mientras que los otros dos se quedaron a vivir en ese jardín semi abandonado. La gente les daba sobras de comida y agua, por lo que no me preocupé.

Mutante y Cabecita. Así las bauticé. Una, era una gata aporreada, con pelones y una oreja a la mitad. La otra, chiquitita , flaca y muy cabezona. Cabecita era arisca y desconfiada, no se dejaba tomar por nadie pero hizo una amistad entrañable con Bigotes. No lo dejaba ni a sol ni a sombra. Andaba con él para todos lados y su cariño era tal que no le importaba que Bigotes la aporreara y no le convidara de su comida. Al principio yo la correteaba porque imaginé que si dejaba entrar a uno de ellos todos los demás gatos abandonados se pasarían el dato y



llegarían a mi casa. Pero era inevitable: Cabecita, de una u otra forma, se lograba infiltrar en mi patio, comiendo junto a Bigotes y durmiendo la siesta con él. Las porciones de comida crecieron pues, a mi parecer, estos dos gatos estaban pololeando. Bigotes, si bien

le pegaba sus mordiscones, la defendía de los gatos que se acercaban a ella. No sólo protegía su territorio, al impedirle a cualquier otro animal que cruzara la reja y entrara en el jardín sino que también cuidaba de su comida y de su chica. Lo tenía claro, ahora era un gato reconocido, poseía bienes y tenía una dueña. Nada de cuentos: su nombre era Bigotes y se debía respetar.



## Cuatro

Dentro de la educación doméstica que quería brindarle a Bigotes estaba el ítem juego. Todos los gatos son muy juguetones y ven hasta en los cordones de los zapatos una manera de ejercitar su destreza como cazadores. Pero hay una gran diferencia entre los gatos domésticos y los callejeros. Y Bigotes me hizo comprender este contraste.

Una de las primeras tácticas lúdicas de entrenamiento que utilicé con él fue la tira de lana. Al principio no resultó mucho pues Bigotes no tenía energía para pararse y moverse, pero a medida que fue llenándose de calorías (dado el hambre insaciable que poseía), se vio en la necesidad de ocuparla en algo. Imagino que desde su lugar de

descanso investigó sobre lo que iba a ser su próxima actividad y al no encontrar nada entretenido ni que se pudiera comer decidió ejercitarse con mi experimento. En un comienzo fue tímido, una patita por acá, un mordisco por allá. Posteriormente practicó su habilidad para correr y saltar. Hasta que, finalmente, comenzó la cacería. Bigotes no sabía jugar. Su torpeza y brusquedad hicieron que una parte de la vida de él se proyectara en el presente: me lo imaginé abandonado desde muy pequeño, valiéndose por sí mismo, correteado de todas las casas, mojado en el invierno y sediento en el verano, escudriñando la basura, destrozando bolsas en las calles. Bigotes nunca había jugado, sólo había perseguido para comer. Mi adiestramiento, por lo tanto, trató

de ser aún más perfecto. Con peluches pequeños, monos de hule, pelotas de lana. Imposible. Lo único que conseguí fue que Bigotes terminara enojado y acostado en el antejardín, con tiras de lana por todos lados. Mi paciencia se había agotado tratando de que aprendiera a ser como cualquier gato casero. Y este había sido mi error porque Bigotes no era como cualquier gato, sino que como son todos los gatos abandonados, salvo que ahora tenía un nombre y la posibilidad de establecerse y ser querido. Tenía otros modos y costumbres adquiridos seguramente a costa de porrazos y maltratos. En él la ternura la vi expresada en otros ámbitos. Por ejemplo, ahora lo podía tomar en brazos por más de un minuto, me dejaba hacerle cariño mientras

comía, se acostaba debajo de mis piernas cuando yo salía a tomar aire por la noche. Saltaba hasta la ventana del living y entraba a mi casa cuando me escuchaba hablar por teléfono; me seguía por la calle cuando yo salía. Incluso un día me siguió hasta la micro.

A Bigotes nunca lo iba a poder domesticar, eso era cierto. Pero lo que había logrado en él, que confiara en un ser humano, me bastaba para saber que entre Bigotes y yo había una verdadera amistad.



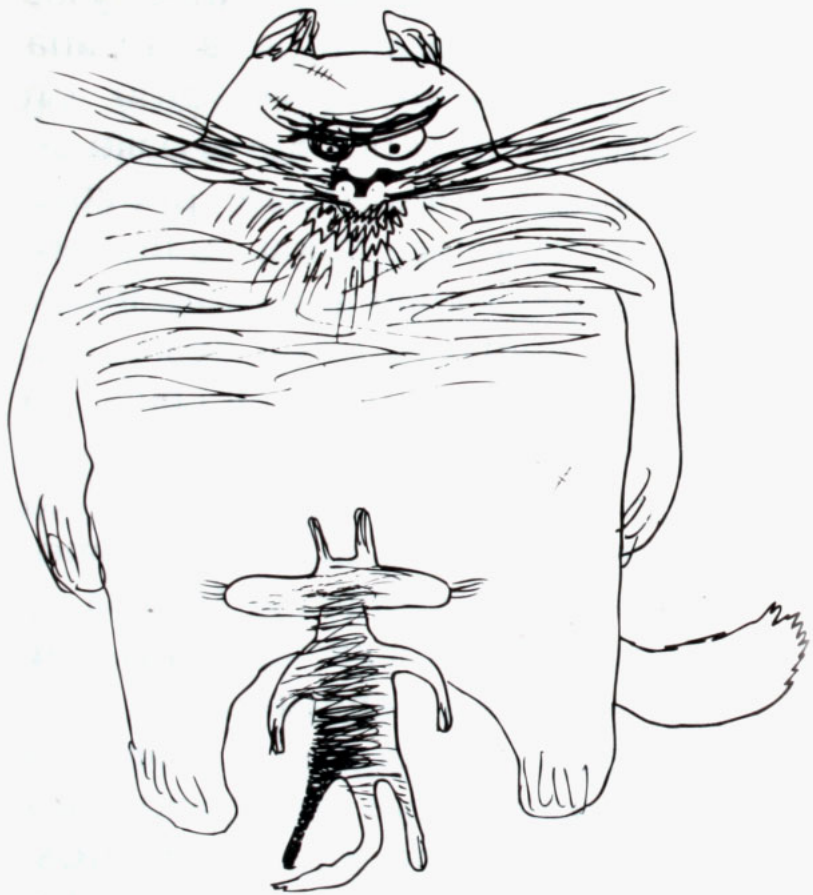
## Cinco

Bigotes era considerado un gato lindo y con personalidad, tanto así que no le bastaba con pololear con Cabecita sino que también comenzó un romance con la feúcha y destartalada Mutante. La confianza en sí mismo hacía que Bigotes fuera polígamo y matón. Y esto último tiene pruebas ya que siempre llegaba con algún machucón. Además, se ponía a pelear con otros gatos en la calle, incluso delante de sus pretendientas y de mí, su dueña.

El ritual comenzaba con pequeños maullidos guturales de distintos niveles sonoros; un movimiento cadencioso de su cola y a ras de suelo delataba el malhumorado estado de ánimo que se corroboraba con las orejas hacia

atrás y los ojos aún más rasgados y brillantes. El cuerpecito, ya robusto, se erguía en la parte posterior y las patas delanteras mostraban una actitud dispuesta a saltar en cualquier momento. Era el baile de Bigotes, la demostración primitiva de su naturaleza felina, su manera personal de marcar terreno frente a sus enemigos. Cada gesto, una palabra: mi comida, mi chica, mi dueña.

En una de estas peleas se vio enfrentado con el Gato Plomo, animal que según mi familia (y concuerdo absolutamente con ella), no sólo era temible sino que contaba, a estas alturas, con diez vidas ya que era reconocido por salir incólume de atropellos, envenenamientos y escobazos. Sin mencionar el que desapareciera durante mucho y, ante nuestra



sorpresa, verlo trepar por las murallas uno o dos años después. El Gato Plomo, musculoso, manchado, con unos ojos que miraban directo y penetrante, chascón y sucio, era el verdadero matón, el Padrino de los felinos recoletanos, el jefe de la Cossa Nostra gatuna y el dueño de todas las gatitas del barrio. Esto Bigotes no lo sabía. Hasta que llegó la hora de la verdad y Cabecita lo dejó para unirse a las grandes ligas. Estoy segura que antes de abandonarlo le dijo "no es que no te ame, pero al Gato Plomo es mejor tenerlo como amigo que como enemigo". Y se fue. No lejos. Para Bigotes la humillación más grande fue el verlos convivir en la casa de al lado, a vista y paciencia suya. Yo lo instaba a que fuera y diera la pelea, que recuperara a Cabecita y que,



definitivamente, tomara el mando de la comunidad felina del sector. Él quería hacerlo pero el temor instintivo de morir en la lucha lo hacía desistir. Hasta que un día su orgullo fue más fuerte y, cruzando la reja del antejardín, a paso lento, con la cabeza en alto y el pecho henchido, llegó al enrejado sucio de la casa vecina. Estaba oscuro y un aire tibio mecía levemente las hojas de la inmensa buganvilla que crecía en la pared contigua. Entre el follaje se encontraba Cabecita, vigilada celosamente por el Gato Plomo.

Bigotes ingresó cautelosamente hasta llegar donde estaba su enemigo. Unas cuantas miradas, otros tantos maullidos agudos intercambiados y comenzó la pelea. Varias vueltas en la tierra levantaron una nube de polvo que no me

permitía ver con claridad quién estaba ganando. Sólo sentía los chillidos de ambos gatos y la muda presencia de la causa de la disputa. En un momento veo a Bigotes correr rápidamente hacia mi casa, desastrado y con la mirada perdida. Pude percibir en él la derrota. Su respiración estaba agitada y con sus patas delanteras trataba de limpiarse la cara. Estuvo así alrededor de cinco minutos, sin mirarme ni acercarse. Hasta que terminó su labor y, sentado, miraba al infinito, silencioso e inmóvil. Comprendí que Bigotes quería estar sólo, sintiendo esa tibieza agradable, descansar bajo el cielo despejado y estrellado de esa noche de octubre. Dormir en el choapino de siempre, ver el amanecer, caminar por las calles y correr al escuchar mi llamado. Ser

un gato como cualquier otro, sólo eso.

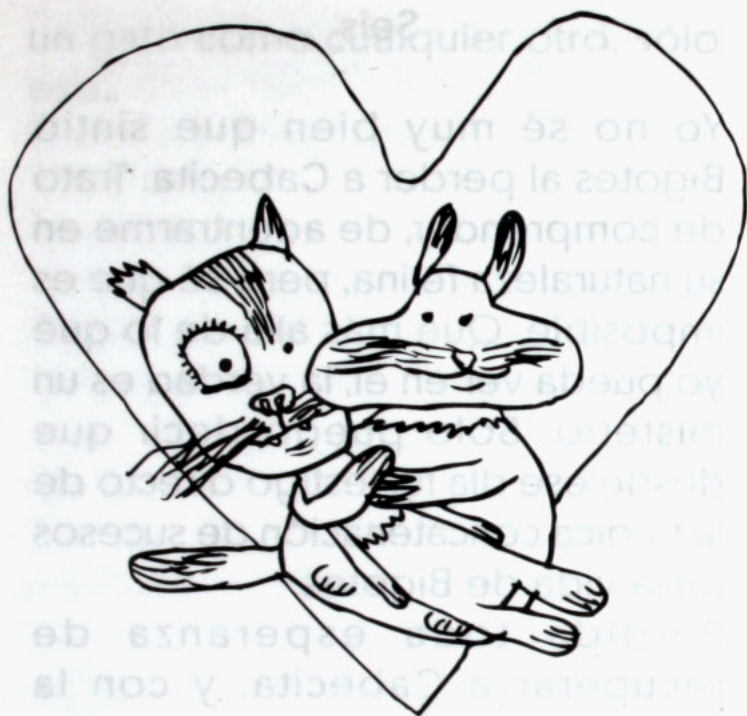


## Seis

Yo no sé muy bien que sintió Bigotes al perder a Cabecita. Trato de comprender, de adentrarme en su naturaleza felina, pero sé que es imposible. Que más allá de lo que yo pueda ver en él, la verdad es un misterio. Sólo puedo decir que desde ese día fui testigo directo de la trágica concatenación de sucesos en la vida de Bigotes.

Perdida toda esperanza de recuperar a Cabecita, y con la rapidez intuitiva con que funciona todo animal, Bigotes se refugió en la silenciosa Mutante. Compartían el sol y la calle, algunas caminatas por los techos, uno que otro regaloneo. No era como la amistad que Bigotes tenía con Cabecita pero, en fin, eran gatos, y solos, y macho y hembra. Y ciertamente esto





último era el lazo que más los unía porque de un día para otro Mutante estaba preñada. Así de simple. Y no voy a dudar nunca que esos hijos eran de Bigotes.

En un principio no hice mucho caso del embarazo; es más, puedo decir que Mutante nunca fue de mi gusto.

No por lo fea que era sino que porque no existió mayor química entre nosotras. Pero que estuviera esperando hijitos de Bigotes era un suceso muy importante y de gran cuidado.

Mi atención, desde ese momento, se centró en su bienestar. Si bien la alimentaba un señor que vivía a unos metros de mi casa, yo siempre vigilaba que en su plato hubiera agua, que estuviera tranquila y que tomara sol.

Cada día su vientre crecía más y para cerciorarme que se encontraba bien le tocaba la pancita y esperaba hasta que se moviera. Era tan extraño. Allí dentro crecían gatitos, se movían, tenían espacio en ese cuerpecito pequeño de madre. Me preguntaba cómo iban a salir. Negros como Bigotes o manchados y desteñidos como Mutante. Incluso

ya tenía uno reservado, ya que como Bigotes nunca pudo entrar a mi casa un hijo de él era otra cosa. Constituiría, por lo menos con uno de ellos, el quiebre de la cadena de abandono. Me haría cargo de parte de su historia cuidando a Mostacho, el hijo domesticado de Bigotes .

Esperaba, ansiosa, el nacimiento. Ilusionada. Le contaba a Bigotes el gran suceso del que sería parte y me miraba con esa carita de incrédulo e indiferente, como acostumbrado a no ganar nada y perderlo todo. Y así fue.

Un día de noviembre muy caluroso y seco los árboles eran apenas mecidos por un viento mezquino. La luz del sol rebotaba en el asfalto vistiéndolo a las casas de una extraña nitidez.

Al llegar a mi casa encuentro a



Bigotes en el antejardín, como siempre. Le doy unas palmaditas en la cabeza y le cambio el agua de su plato.

Entrando en mi dormitorio mi mamá me llama y dice "¡ocurrió algo terrible!". Mi corazón palpitaba más rápido a medida que me iba contando los detalles. Una mezcla de ira y pena se apoderaron de mí. Apenas podía hablar. Entré en mi dormitorio y lloré. Lloré por muchas cosas: porque me sentía responsable, porque se podía haber evitado, porque a nadie le importaba. Pero más que nada lloré por Bigotes. Por su destino trágico, por su historia rota. Por lo irremediable de su sino como animal huérfano y solitario. Lloré porque en mí se realizaba la parte consciente de Bigotes. Porque dentro de mí estaba él y una parte



de mí en él. Y eso es lo que a mí me hacía animal y a él humano. Y en cierta forma, uno sólo.

Mutante había muerto atacada, asesinada. Mutante y los hijos de Bigotes.

## Siete

A estas alturas mi gato Bigotes no tenía nada. Sólo el choapino, la comida y yo. Apenas recordaba lo sucedido con Mutante me llenaba de pena y me sentía aún más responsable por él. Ya el verano, finalmente, había llegado. Con el calor insoportable en el día y la fresca tibieza del aire en la noche. A eso de las ocho y media de la tarde salía al antejardín a esperar que oscureciera, acompañada siempre de Bigotes. Conversábamos largo y tendido, yo con la voz y él con la mirada y las orejas. A veces, en silencio, nos acompañábamos en ese letargo tan agradable, incluso podíamos sentir nuestras respiraciones. La noche, como un mar inmenso, iba llenando el cielo de estrellas, arrastrando su

oscuridad hasta terminar con el último destello anaranjado. En una de esas contemplaciones le conté a Bigotes que me iba a ir de la casa. Que mi vida cambiaría tanto como la de él porque, de una u otra forma, íbamos a separarnos. Le expliqué que no podía llevarlo conmigo, pero que no se preocupara porque había dejado estrictas recomendaciones para su cuidado y protección. Y que, por sobre todo, siempre lo vendría a ver aquí, en este antejardín, en el mismo choapino. Y que mientras no me cambiara la voz, él me reconocería en cualquier parte del mundo. Sé que lo entendió todo muy bien. Un día cualquiera de enero, Bigotes se marchó. Me levantaba temprano en las mañanas con el deseo de encontrarlo ahí, en su choapino

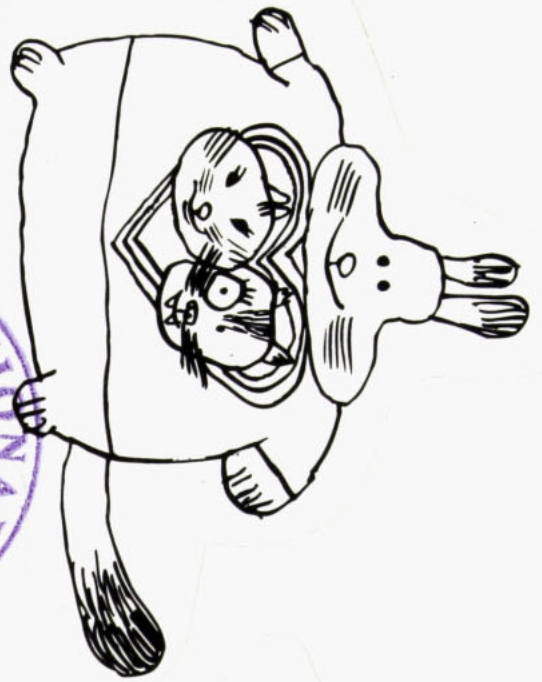
viejo. Por las tardes lo llamaba y me sentaba en la escalera a esperarlo, imaginando que llegaba todo robusto y cariñoso, dibujando con su cola corazones y estrellas. Pero nunca más volvió.

Y sé que pasarán años. Todo el tiempo que demoró en presentarse tardará en irse de aquí. De este papel y de todos los choapinos del mundo.

FIN







BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA  
CHILE

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA  
CHILE

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA  
CHILE





Me llamo Carolina y escribir me da felicidad.  
Y Bigotes es mi primer libro.

Bigotes era un gato negro con guantes blancos,  
flaco al principio y gordo al final.  
Así como solo y luego acompañado.

Su historia es la que aquí se escribe porque para mí  
su historia empieza cuando yo lo conozco.

En mis 26 años de vida  
nunca había conocido un gato tan aporreado.  
Y por eso lo quise, por ser una antimascota  
que me puso como prueba aceptarlo sin dominarlo.  
Debí ser un poco más animal y menos humana  
para llegar a conectarme con su naturaleza.  
Y lo logré.

Y debo agradecerle no sólo a él sino también  
a todos los que han creído en este gato-libro  
y saben lo importante que es en mi vida.

A mi papá y mi mamá, mis hermanos Pablo y Rodrigo,  
mis amigos Feñi, Alvaro y Musa,  
mi esposo y compañero Rodrigo,  
a Claudio Sanhuesa por su asesoría técnica,  
a mi barrio Recoleta por nutrirme de tantos animales  
chistosos y, aunque suene cachiporra, a mí.

Y bueno, a todos los que han esperado este momento.  
Si hay una canción que identifica a Bigotes  
es Crying de Roy Orbison.  
Y si hay una palabra que lo define es libre.

Y este libro esta dedicado a Bigotes por si en este tiempo  
aprendió a leer.